

ESTEBAN MIRA CABALLOS

COLÓN

El converso que cambió el mundo

CRÍTICA
BARCELONA

SUMARIO

Introducción	11
1. El personaje	17
2. Sus orígenes	57
3. Su vida antes del Descubrimiento	75
4. Antecedentes del Descubrimiento	93
5. La empresa descubridora	109
6. El regreso triunfal	147
7. La gran armada colonizadora	167
8. Sus últimas expediciones	193
9. La factoría	215
10. El ocaso del proyecto colombino	245
11. Su vida privada	263
12. De óbitos, inhumaciones y exhumaciones	279
13. Colón en la diana	299
Conclusiones	319
Metodología	325
Fuentes e historiografía	331
Siglas utilizadas	343
Bibliografía	345
Glosario básico	387
Apéndices	391
Cronología	403
Notas	407
Índice onomástico	549

INTRODUCCIÓN

El 29 de mayo de 1453 se produjo un hecho trascendental que precipitaría, a medio plazo, grandes cambios en el mundo. Ese día, el sultán otomano Mehmet II entró a caballo en la basílica de Santa Sofía de Constantinopla, galopando sobre montones de cadáveres, entre ellos el del último emperador bizantino y defensor de la ciudad. Desde entonces, la ruta comercial terrestre entre Europa y Asia quedó parcialmente cortada, aunque se mantuvo el negocio por la del Mar Rojo, que controlaban los genoveses. El largo recorrido, los impuestos y la considerable disminución del flujo provocaron un encarecimiento extraordinario de los productos asiáticos, en particular de las especias, la porcelana, la seda y las piedras preciosas. Esta revolución de los precios, la escasez de oro y plata y la crisis monetaria provocaron que Europa necesitase buscar rutas alternativas para llegar a nuevos mercados, algo que implementaron los lusos y castellanoleoneses en los siglos xv y xvi. En Europa se soñaba con recuperar ese lucrativo comercio, trayendo productos tan codiciados como rubíes del Tíber, zafiros de Ceilán, tejidos de Damasco, perlas de la India, especias de las Molucas o porcelana de China.

El inicio del dominio del mundo por Occidente comenzó con los reinos ibéricos, cuya superioridad tecnológica desplazó a chinos y árabes, que hasta ese momento habían ostentado la primacía.¹ El único derrotero posible para recuperar ese lucrativo negocio era el marítimo, pero encerraba un gran obstáculo: los mares se consideraban infinitos y el Mare Tenebrosum seguía inspirando un auténtico pavor, tanto como para disuadir a la mayoría de adentrarse en él. Todo esto cambió a partir del 12 de octubre de 1492, una fecha que simboliza el final del medievo y el inicio de un mundo moderno que

poco a poco fue tomando conciencia de las verdaderas dimensiones cósmicas del orbe en el que habitaba. Desde ese día todo fue diferente, pues se rompieron las cadenas y comenzaron a superarse buena parte de las supersticiones medievales poniendo al descubierto sus secretos. La Corona de Castilla y León cambió las dehesas y la campiña meseteña por los océanos, que progresivamente dejaron de ser fronteras infranqueables para convertirse en vías de comunicación. De hecho, desde el primer instante hubo un flujo bidireccional, ya que se estima que entre 1492 y 1650 llegaron a las Indias casi medio millón de europeos y unos trescientos mil africanos, pero también hicieron el viaje inverso varios miles de indígenas, criollos y mestizos.² Se inició así un imparable proceso de mundialización, dado que, pocas décadas después, se restableció ese comercio de metales preciosos, especias y manufacturas que terminó provocando un cambio en la estructura económica. Como reflejó el propio Karl Marx en su emblemática obra *El capital*, tras la llegada a América comenzó un proceso de acumulación de numerario que terminó generando una verdadera revolución: el nacimiento de una economía precapitalista. Efectivamente, el Descubrimiento fue un punto de inflexión en la historia, puesto que varios mundos ignorados o muy poco conectados hasta ese momento iniciaron una interrelación que llega hasta nuestros días. Las circunstancias políticas obligaron a acelerar la transformación que arrancó a finales del siglo xv, de una navegación de cabotaje a otra de altura. Inicialmente los portugueses culminarían su ruta asiática, bordeando África, y varias décadas después, los españoles, atravesando el Atlántico y el Pacífico. La caída de un imperio —el bizantino— que había sobrevivido durante más de un milenio terminaría dando paso a otro mucho más vasto, el de los Habsburgo, del que se llegaría a decir que en sus dominios nunca se ponía el sol. El océano Atlántico se convirtió en el nuevo mar europeo, en otro Mare Nostrum, y los horizontes mentales se ampliaron hasta límites nunca vistos.³ Un soldado que en 1491 hubiese luchado en la guerra de Granada pensando que estaba en la última frontera, unas décadas después podía estar combatiendo lo mismo en las Indias Occidentales que en las Orientales o en Flandes.

Antes de 1492 el mundo se limitaba a Europa, Asia y África, tres únicos continentes que formaban un bloque sólido de tierra indivisible y que encontraban una perfecta correlación con el dogma de la Santísima Trinidad. La transculturación aceleró el ritmo vital de los

acontecimientos que, en tan solo varias décadas, terminó por cambiar el mundo. La cosmografía —hoy la llamamos geografía—, la botánica y la navegación experimentaron una verdadera eclosión, y se desarrolló un trasiego de personas, mercancías, libros e ideas que sentó los cimientos de una globalización a gran escala. Fue así como comenzó un proceso en el que el Imperio Habsburgo se convirtió, durante varios siglos, en hegemónico, no solo a nivel político sino también económico, circulando el real de a ocho como divisa indiscutible de un comercio global.

Huelga decir que, aunque el Descubrimiento lo personificó un genovés al servicio del reino de Castilla y León, el acontecimiento se convirtió en el espejo de Europa, que, por primera vez, salió de su secular encierro y tomó conciencia de su capacidad para extender su modelo civilizatorio.⁴ Ese mismo año ocurrieron otros hechos que iban a condicionar la Historia: uno, la toma de Granada y la dramática expulsión de los judíos, tras los decretos de la Alhambra, ya que los Reyes Católicos pretendían asentar la unidad de sus territorios sobre una base cristiana. El dinero y las joyas arrebatadas a los sefarditas sirvieron para financiar la empresa colombina, especialmente el segundo viaje, en un espíritu de cruzada que impregnó toda la expansión. Y otro, la publicación de la *Gramática castellana* por Elio Antonio de Nebrija, quien ya predijo, con acierto, que la lengua castellana sería «la compañera del imperio».⁵

Cristóbal Colón —castellanización de Cristoforo Colombo— fue uno de los grandes marinos de su tiempo y así lo consideraron todos los que sirvieron a sus órdenes en el mar, que solían confiar ciegamente en sus decisiones. Pero lo que le encumbró como uno de los personajes más singulares de la historia y lo consagró como un explorador inmortal que ha traspasado los siglos fue la trascendencia de su hallazgo.⁶ Naturalmente, pudo hacer lo que hizo gracias a la colaboración de un nutrido grupo de personas, fundamentalmente los palermos y los moguerenos, sus amigos, socios y prestamistas genoveses, algunos cortesanos, los Reyes Católicos, nobles como el duque de Medinaceli y los religiosos del monasterio de Santa María de La Rábida.

Antes de proseguir estableceré algunas precisiones terminológicas: recorro al término clásico de descubrimiento, aunque no ignoro la opinión de quienes entienden que es un concepto eurocéntrico y vetusto, por lo que prefieren hablar de encubrimiento o de choque